

FRANCISCO DE MIRANDA Y LA MODERNIDAD EN AMÉRICA

FRANCISCO DE MIRANDA E A MODERNIDADE NA AMÉRICA

Estudio de / Estudo de
Michael Zeuske



FUNDACION MAPFRE TAVERA



SECRETARÍA DE COOPERACIÓN
LATINOAMERICANA

SECRETARIA
DE COOPERAÇÃO
LATINOAMERICANA

Francisco de Miranda y la modernidad en América
Francisco de Miranda e a modernidade na América

© De la introducción, transcripción y notas, Michael Zeuske

© 2004, Fundación MAPFRE TAVERA y EDICIONES DOCE CALLES, S.L.

Traducción portugués: Miguel Freitas da Costa
Imagen de portada: *Miranda*. Anónimo (1806). Biblioteca Oliveira Lima.
Universidad Católica de Washington.

Fundación MAPFRE TAVERA
Claudio Coello, 123
28006 Madrid
www.tavera.com

EDICIONES DOCE CALLES, S.L.
Apdo. 270. 28300 Aranjuez
Tel. + 34 902 197 501.
email: docecalles@infonegocio.com

ISBN: 84-8479-047-9 (Fundación MAPFRE TAVERA)
ISBN: 84-9744-029-3 (EDICIONES DOCE CALLES, S.L.)
Depósito Legal:

Composición: Távara, s.l.
Fotomecánica: Távara, s.l.
Impresión: Gráficas Muriel, s.a.
Encuadernación: Ramos, s.a.

Índice

Introducción	13
Introdução	61
Francisco de Miranda: Documentos	
I Propuesta de Hollwood, con los apuntes sobre la América española (1790)	109
II Acta de París (1797)	121
III Carta a John Turnbull (1798)	129
IV Proyecto constitucional para Hispanoamérica, correspondencia con Pitt y datos sobre la América española (1798)	131
V Carta a John Adams (1798)	147
VI Plan militar (1798)	151
VII Proclama a los pueblos del continente colombiano, alias Hispanoamérica (1801)	163
VIII Proyectos de gobierno provisorio y gobierno federal (1801)	177
IX Proclama a los pueblos del continente américo-colombiano (1806)	187
X Proclamas de Maracay (1812)	195
XI Carta a las Cortes de Cádiz, con los memoriales a la Audiencia de Caracas (1813)	193
Bibliografía	217

Para las instituciones promotoras de esta colección *Prisma Histórico: Viejos documentos, Nuevas Lecturas*, constituye un nuevo motivo de satisfacción la publicación de esta segunda entrega de una iniciativa editorial que pretende fomentar y, sobre todo, difundir una interpretación renovada de algunos textos de especial relevancia para el entendimiento de los procesos históricos que desembocaron en la independencia de las naciones iberoamericanas.

En esta ocasión, *Prisma Histórico* se acerca a uno de los grandes protagonistas de aquel tiempo: la figura, controvertida y esencial, del venezolano Francisco de Miranda, presentada y analizada por el historiador Michael Zeuske desde las cartas e informes que se ha ocupado de seleccionar y editar para esta publicación.

Para as instituições promotoras desta coleção Prisma Histórico: Velhos Documentos, Novas Leituras constitui um novo motivo de satisfação a publicação deste segundo capítulo de uma iniciativa editorial que pretende fomentar e, sobretudo, divulgar uma interpretação renovada de alguns textos de especial relevância para a compreensão dos processos históricos que desembocaram na independência das nações ibero-americanas.

Nesta ocasião, o Prisma Histórico aborda um dos grandes protagonistas daquele tempo: a figura, controversa e essencial, do venezuelano Francisco de Miranda, apresentada e analisada pelo historiador Michael Zeuske a partir das cartas e relatórios que se encarregou de seleccionar e editar para esta publicação.

Introducción

MICHAEL ZEUSKE

Francisco de Miranda es uno de los grandes desconocidos de la historia. La abundante bibliografía documenta muchos mitos y ficciones¹, pero lo fundamental, su pensamiento continental y estratégico, continúa siendo una incógnita, a pesar de que gran parte del ideario bolivariano, el concepto de «América» en particular, es heredero de Miranda. Sólo hay que realizar una lectura crítica y comparativa de la «Carta de Jamaica» y de los documentos editados en este volumen para llegar a esta conclusión².

Otra faceta que ha sido descuidada por la historiografía es la importancia que el viaje por América del Norte y Eurasia (1783-1789) tuvo en la cosmovisión de Miranda, una especie de Humboldt americano. El papel que México jugó en el pensamiento del prusiano fue similar al que Rusia desempeñó en el del caraqueño. Ambos fueron dos incansables viajeros y su imagen del mundo se conformó a partir de la suma de conocimientos y experiencias adquiridas. También compartían la ideología del liberalismo, uno en su vertiente reformista, mientras que Miranda, partidario de la violencia organizada en ejércitos como mecanismo de influencia política, puede ser considerado como uno de los primeros revolucionarios profesionales. Vidas paralelas, nómadas al comienzo de la modernidad, con residencia fija en sus escritos³. Tanto el uno como el otro personificaron los comienzos de una nueva fase de la globalización; Miranda, además, encarnó uno de los grandes mitos de la modernidad en Venezuela y la América hispánica: el de la Revolución Francesa, una de cuyas consecuencias fue el derrumbe, a partir de 1808, de la cúpula dirigente del imperio hispánico⁴. El mito de la Revolución Francesa en Venezuela (y Colombia)

fue instrumentalizado de distintas formas en beneficio propio por las elites criollas. Por un lado, les permitió criticar la movilización política de los grupos populares «no-latinos», es decir, esclavos, ex-esclavos, pardos, mulatos, llaneros e indios, calificándola de «bárbara» o, en el mejor de los casos, de «no-civilizada». Por otro, y más tras la desaparición de Miranda, les facultó para construir su propio mito de la independencia como *su* Revolución Francesa, un acto que les inscribía en los mapas de la modernidad global y que, en cierta medida, les hacía ser más modernos que los propios liberales españoles, autores en 1812 de la primera constitución liberal del mundo, la de Cádiz. Los criollos, en una aldea de una selva del Orinoco, Angostura, elaboraron una constitución –repleta de ocultas influencias mirandinas– que abría una tradición que parecía salvar los principios y la ética liberales en tiempos de la reacción fernandina (y postnapoleónica) en Europa. Finalmente, el monopolio del mito revolucionario posibilitó que la elite de Caracas mantuviese, después de las guerras de independencia, el control ideológico sobre el territorio de la Venezuela naciente, por lo menos hasta mediados del siglo XIX.

Por eso, primero analizaremos la biografía de Miranda, una vida reflejada tanto en su ideario como en el itinerario y en los acontecimientos políticos de la Revolución Francesa y el cosmopolitismo de la elite criolla, para, a continuación, reflexionar sobre las luchas por la independencia en la Tierra Firme que, en su globalidad, conformaban una revolución, pero no tenían mucho que ver con la Revolución Francesa.

UNA VIDA SOLITARIA A LA SOMBRA DEL MITO BOLIVARIANO

En el panteón de los próceres de la historia criolla, Francisco de Miranda es uno de los precursores más destacados de la revolución de la independencia. En realidad, es mucho más y mucho menos. El caraqueño concibió el derecho a la libertad de la América española [documento 1]. Lo más relevante de su pensamiento es su proyecto continental (América), primero en forma de monarquía parlamentaria y, después, de república independiente de España [documentos 4 y 8]. Este incanato en forma de república imperial hace de Miranda uno de los más importantes progenitores

de una común ideología anticolonial americana, así como responsable de su formulación republicana [documento 8], un republicanismo americano positivamente valorado por Benedict Anderson, quien confunde «república» americana con la idea de «nación» criolla en América⁵.

Y Miranda no fue sólo el precursor; fue uno de los actores principales de la primera etapa de las luchas por la independencia: mientras que él no cesaba en la consecución de este empeño, en el que fracasó rotundamente, las oligarquías de Caracas únicamente aspiraban a la autonomía política y al mantenimiento del orden tradicional⁶. Al final de esta primera etapa, rodeado de «amigos» traidores y rebeliones de milicias y esclavos, jóvenes miembros de esta elite colonial, entre ellos Simón Bolívar, le apresaron y entregaron a Domingo de Monteverde.

En vísperas de la independencia⁷ la América española era un imperio colonial gobernado de forma centralista. Se extendía desde Tierra del Fuego en el sur, hasta el Canadá en el noroeste (donde, en Nootka, surgían frecuentes conflictos con Inglaterra⁸), así como hasta el Mississippi y las dos Floridas en el noreste. Si se quería tener éxito, cualquier transformación del estatus colonial tenía que planificarse a escala continental. Incluso manteniendo un rechazo total al determinismo geográfico, se hace difícil encontrar parámetros histórico-espaciales similares en el ciclo de las revoluciones modernas, sólo comparables con las revoluciones europeas de 1848-1849 o, aún mucho más, con los acontecimientos acaecidos en 1989-1990 en Europa Oriental y Rusia. Hasta hoy son escasas las monografías que han resaltado los méritos de Miranda como opositor, militar, diplomático y revolucionario, casi de profesión, en relación a los preparativos de este movimiento continental⁹. Por lo general, se ha privilegiado una visión unilateral, de heroificación nacional, criollo-patriótica y positivista, que obvia la faceta cosmopolita y global de Miranda.

En la historiografía occidental, en las obras clásicas francesas sobre la Revolución Francesa (Thiers, Michelet, Jaurès), se presenta a Miranda como un elemento bastante exótico; en las más recientes no se le tiene en cuenta o se le considera una figura marginal. Últimamente se ha publicado un nuevo estudio sobre las relaciones de Miranda con Pétion y el círculo de los girondinos de Brissot y sus planes coloniales¹⁰ que, si bien no supera la

pormenorizada narración de Parra-Pérez de 1939¹¹, por lo menos retoma el problema. Carecemos de un estudio actual sobre la relación de Miranda con Robespierre (o con los jacobinos)¹². El trabajo de William Spence Robertson muestra una imagen empírica y multifacética. Su biografía¹³, basada en profundo manejo de fuentes primarias, intenta abarcar también al Miranda militar, pero sin poder adecuar las experiencias socio-culturales que el prócer adquirió en Europa durante una época de transformaciones hacia la modernidad, entre 1780-1810.

En las disputas periodísticas de la era napoleónica y después de las guerras de liberación europeas, Miranda desempeñó un papel menor, pero no desdeñable, en el pensamiento político alemán. La prensa de Leipzig, Hamburgo y Göttingen informó sobre su figura, sobre su leyenda; su declive y trágico fracaso, a raíz de su extradición a España, servía, a modo de melodrama, de alerta para los revolucionarios de la época¹⁴.

Un conocedor profundo de la materia como Humboldt siguió desde el principio, y con gran intensidad, las aspiraciones de Miranda por la liberación de América aunque, comprensiblemente, nunca se pronunció abiertamente sobre esta causa. En efecto, mencionó entre líneas a Miranda en cartas confidenciales. Así, afirma en un comentario al margen de una carta personal del 27 de junio de 1806 a Aimé Bonpland: «Que dites-vous de Miranda? Le jeune Bolívar en sera-t-il? Que de pendants! Vous verrez que cela finira mal»¹⁵. Si utilizamos el lenguaje de James Scott, esto quiere decir que Miranda estaba en el *hidden transcript* de uno de los liberales europeos más avanzados, pero apenas en el *public transcript* de los actores políticos. No sabemos el papel que Miranda puede jugar en el debate actual sobre «Humboldt y la Independencia»¹⁶, aunque este *hidden transcript* le permitió a Humboldt, ya en el año 1806, poner a Bolívar en un contacto textual directo con Miranda. Su juicio sobre la Independencia, «¡eso va a fracasar!», resultó casi profético. Humboldt tenía razón: las denominadas revoluciones de independencia se desarrollaban como reformas fracasadas que desembocaban en guerras civiles sumamente crueles y largas.

En todo caso, como se podría esperar, no fue Humboldt el que introdujo a Miranda en el *public transcript* de la ciencia histórica europea, o alemana, como parte de su nueva imagen histórica de América. Al contrario,

en el año 1806 Miranda es mencionado por primera vez en los cálculos políticos de los cónsules prusianos. Pero eso fue también un *hidden transcript*, producto de informaciones gubernamentales de carácter confidencial. A partir de entonces empieza a aparecer esporádicamente en la historiografía alemana¹⁷. En todo caso, y por lo menos hasta 1815-1818, la figura de Miranda ha aparecido siempre mencionada a la sombra de la historiografía sobre Bolívar, lo que ha contribuido a desfigurar considerablemente el conocimiento real que sobre él se ha tenido¹⁸.

EL NACIMIENTO DE LA LIBERTAD DESDE LA CULTURA MILITAR EUROPEA: AMÉRICA Y *LIFE HISTORY* EN LOS COMIENZOS DE LA MODERNIDAD

Nacido en 1750 en Caracas, provincia de Venezuela, Miranda jamás imaginó que se transformaría en teniente general del ejército revolucionario francés, ni mucho menos en generalísimo de la Venezuela rebelde¹⁹. Su padre, oriundo de Canarias, era mercader de lienzos y, probablemente, contrabandista de cacao. En la América española, en la provincia de Venezuela o de Caracas –para muchos la octava isla canaria– el padre logró amasar cierta fortuna, pero carecía de la estima y del estatus de los viejos vecinos de una Caracas dominada por una aristocracia bastante emprendedora y moderna, los mantuanos²⁰, a la que se enfrentó durante toda su vida²¹. Miranda codiciaba los privilegios que emanaban del cargo de oficial de la milicia colonial, cargo que su padre había comprado. Posiblemente, acontecimientos de este tipo marcaron, durante la juventud del prócer, su afán por el ascenso social y la predilección por la profesión militar. En 1771 viajó a España donde pagó a Johann Kaspar Thürriegel, un colaborador de Pablo de Olavide, 4.000 pesos de plata (85.000 reales de vellón) por la licencia de capitán; de esta manera pudo entrar al servicio de Carlos III.

¿Qué experiencias de la cultura política europea recibió Miranda durante estos cuarenta intensos años de vida hasta su captura y muerte en una cárcel española?

En primer lugar hay que tener en cuenta el servicio oficial en el ejército español (1772-1783), que por aquel entonces intentaba modernizarse siguiendo el modelo prusiano, el estudio de las autoridades filosóficas de

su tiempo, la recepción de la lucha anticolonial en las posesiones británicas de Norteamérica (1783-1784), la participación en maniobras militares en Prusia (1785) y «las impresiones de viaje» en la Vieja Europa prerrevolucionaria, en Turquía y Rusia (1786-1788). Pero sobre todas estas experiencias se impuso su participación en las guerras revolucionarias en Francia (1792-1793) y en Venezuela (1806, 1811-1812). Los proyectos más importantes sobre la libertad de la América española de Miranda nacieron en la *Vieja Europa* (Inglaterra y Francia) [documentos 1, 2, 4, 6, 7 y 8]. Este largo viaje por Europa, unido a sus prolongadas estancias en Inglaterra y Francia, ejerció una influencia permanente y significó una transferencia cultural fundamental en su evolución como militar y político.

En los trabajos sobre Miranda casi no hay mención a la estrecha relación de la carrera militar y la propia vida del venezolano, su *life history* y su *life style*, con la cultura política europea. Sin duda, el arte militar del viejo continente representó en sus viajes el campo de mayor interés; también los detalles aparentemente técnicos o artesanales captaron su atención, pero en primer lugar lo «militar», entendido en sentido amplio, como una «cultura» (algo que la historia social y la teoría de la modernización han intentado ocultar en los últimos treinta años), a la que había accedido a partir de la lectura de las obras más importantes de su tiempo, experiencia que completó con su visita a esos lugares de la cultura, sintetizando en sus diarios todo el conocimiento adquirido. El militarismo occidental era raíz, marco y estilo de un comportamiento político-cultural, un instrumento fundamental para revolucionar sociedades y otorgarles un orden social. Los orígenes del mismo hay que rastrearlas tanto en el despotismo ilustrado y su traslación a América mediante las reformas borbónicas, como en la Revolución Francesa y en la época del Imperio Napoleónico en Europa.

La atracción de estos modelos socio-culturales favoreció la carrera militar de Miranda, fascinado por los privilegios del estado militar en la época del absolutismo tardío²², cuando el ejército era una de las profesiones preferidas por los miembros masculinos de las elites. El militar, o lo militar, caló de forma general a estas sociedades en transformación, en su culto y cultura (como evidencia la difusión del retrato en la pintura

—los de Miranda son muy conocidos— o las reproducciones de bustos en el caso de la escultura). Lo militar impregnó la socialización de ciertos grupos de actores, en especial de las elites, pero también de quienes anhelaban ese estatus. Lo atrayente del culto militar se puede observar también en las descripciones de la llegada de Miranda a Caracas en 1810. Esta socialización militar, y su aspecto más visible —el uniforme—, representa precisamente (casi) todo lo que para la época, los comienzos de la modernidad *strictu sensu*, se entiende en general por educación, formación y cultura. Humboldt, que como tipo social representaba la otra cara de este liberalismo, era sumamente civilista, pero su concepto de la modernidad, sin violencia militar, tuvo en su tiempo una influencia limitada a los círculos de una elite intelectual civil muy reducida (Arango y Parreño, Olavide y Mutis), únicamente perceptible en algunos estados alemanes e Inglaterra, siendo prácticamente nula en el resto de Europa y América²³.

Desde la Revolución Francesa, exactamente desde 1792, la mayoría de los políticos ingresaron en la carrera militar, por lo menos durante cierto tiempo, y muchos de ellos llevaron el uniforme y obtuvieron todas las graduaciones. La política tuvo que respetar estas formas de socialización que fue al mismo tiempo expresión de una época en la que la guerra se prolongaba a lo largo de varios decenios. El servicio en el ejército se transformó en un instrumento preferente de movilización social para amplias capas, también para el «isleño» Miranda.

En la Europa de 1780 a 1820 se produjo un importante incremento de los cuerpos de oficiales que, ascendidos durante la Revolución Francesa y el período de las guerras napoleónicas, adoptaron ideas del liberalismo (es decir, en lo fundamental, libertad individual y participación en los asuntos del Estado). Esto se manifestó con claridad en las revoluciones liberales de los primeros decenios del siglo XIX, en un proceso que afectó desde España y sus territorios americanos, hasta la Europa del este (Polonia y la sublevación de los decabristas en Rusia)²⁴.

En España, Miranda conoció el servicio de plaza y cuartel dentro de un ejército imperial caracterizado, por una parte, por el desgobierno de la nobleza y, por otra, por las reformas modernizadoras de Carlos III. El